

apropiarse de un discurso que es, en su manifestación, pura exterioridad, simulacro puro. El anonimato de este discurso que no sólo designa la ficción, sino a la misma experiencia de un "pensamiento del afuera" a la manera foucaultiana, paradójico y limitrofe, no debe confundirse, sin embargo, con otra amenaza del pensamiento moderno: la intercambiabilidad.

Foucault enunció lo que Blanchot describe como exigencias ambiguas y obligaciones perversas de un progresismo ineluctable: la necesidad de cartografiar el espacio con el fin de detectar, según reglas estrictas, las regiones de la enfermedad, de tal suerte que los cuerpos aprenden a someterse a una disciplina que les permite funcionar como unidades intercambiables. Esta tecnología corporal, que fuera puesta en práctica en tanto que tecnología contra el empuje de la peste, más tarde encuentra su espacio de ejercicio tanto en hospitales como en escuelas, esto es, en instituciones disciplinarias.

Cita Blanchot: "En la disciplina, los elementos son intercambiables, ya que cada cual se define por el lugar que ocupa en la serie, y por la distancia que le separa de los demás". La fragmentación que obliga al cuerpo a dejarse registrar y desarticular tiene la trágica ventaja de volver inútil la violencia física sobre el cuerpo.

Ahora bien, la condición moderna de la intercambiabilidad de los sujetos no debe ser confundida con la desaparición de la función de autor en el texto. La intercambiabilidad es una cosa y el anonimato, otra muy distinta. La situación paradójica del autor que desaparece de su texto como principio de inteligibilidad y que requiere refutación permanente, de despojarse continuamente no sólo de lo que se dice, sino también del poder de decirlo.

Olvido de sí mismo, angustia de una ficción siempre recomenzada, el lenguaje de la ficción demanda al escritor el anonimato ineludible.

No se trataría de negarse a una reflexión sobre la verdad, sino experimentar con una verdad que es a la vez olvido y no reconciliación con uno mismo: una figura de la verdad sin recurso a la identidad.

Blanchot nos recuerda que incluso las pretensiones de la subjetividad son ilusorias, esto es, ellas también forman parte de las ficciones que el narrador de ficción (Foucault) ha escrito. En alguna

ocasión, Foucault reconoció no haber escrito otra cosa que ficciones, y en otra, recuerdo que afirmaba que poseía unas maneras bastante salvajes de relacionarlas.

Todo lector prudente de Foucault sabe, como lo supo Blanchot, que una cosa es narrar ficciones y otra muy distinta extraer conclusiones morales y políticas de nuestra forma de relacionarlas. "Hacer funcionar las ficciones" en el interior de la verdad no es extraer conclusiones morales; por el contrario, lejos del comentario, ese hacer funcionar es reflexionar sobre aquello del lenguaje que existe de antemano, que ya ha sido dicho, impreso o manifestado, es integrar en los relatos de la verdad toda esa vertiente de experiencias del afuera, por improbables que sean, experiencias del afuera del lenguaje, no porque sea lo silenciado, sino, por el contrario, por ser lo demasado a la vista expuesto.

Los dos libros de los que hemos escrito, aunque separados en el tiempo por un lapso de veinte años, no hacen sino encadenarse por otro tipo de lazos intemporales. Ambos son ejemplos de ficciones, de fábulas sobre y desde la modernidad. Si es cierto lo que decíamos más arriba en relación con un afán diagnosticador del presente en el pensamiento contemporáneo, entonces Foucault y Blanchot se muestran profundamente cercanos a este destino.

De este destino común no puede desprenderse la semejanza más que para un pensamiento ingenuo que se complazca en la inmediatez: si bien es cierto que el texto de Foucault, de 1966, se escribió con el propósito de un homenaje a Blanchot que apareciera en el número 229 de *Critique*, a la vez que el de Blanchot fuera hecho como homenaje a la figura de Foucault después de su muerte, la similitud entre ambos se agota en estos actos intencionales. Fuera del acto elegiaco que los hace nacer, los dos textos, los dos relatos, erigen la figura de la modernidad como signo de los tiempos.

Más allá de la disputa sobre la modernidad, ella misma moderna, ambos textos pueden pensarse como el trazo de una de vías modernas del pensamiento que hace de la posibilidad de la ficción la condición de todo discurso posible. ■

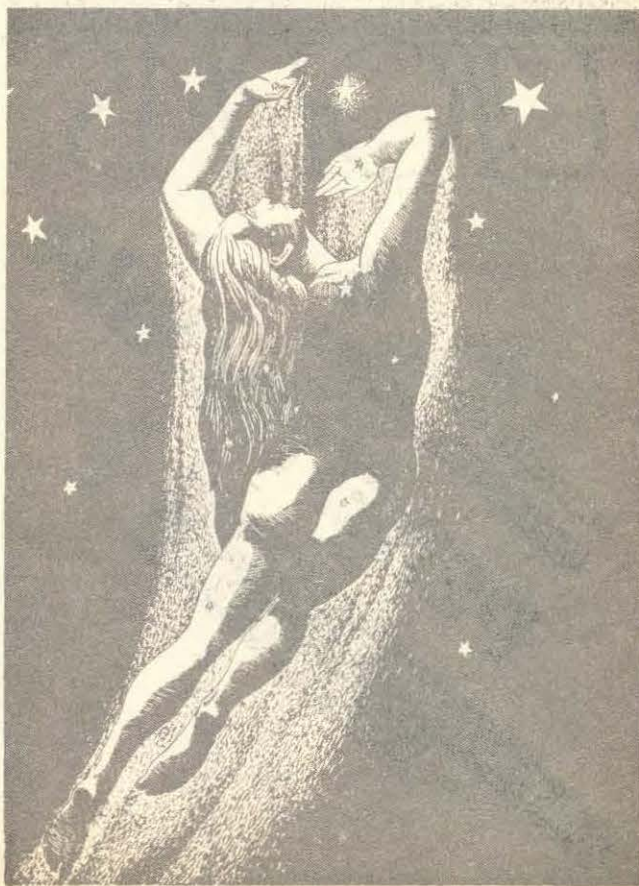
Ana María Escalera
(FFyL/UNAM)

Indiscretos espejos

Secretos espejos, de Adolfo Sánchez Rebolledo, ASR (edición de autor), México, 1989, 59 pp.

"Tinta china sobre el blanco verjurado", *Secretos espejos* materializa otra más de las múltiples encarnaciones de Adolfo Sánchez Rebolledo, editor de revistas de izquierda, dirigente y analista político, cactófilo desenfrenado, productor de radio, cine y televisión, amigo de más de cuatro, biólogo honorario y, finalmente, poeta.

Se asume artesano. Sea. Por fin



puso bajo resguardo a su Vicente Aleixandre y se animó a torear por su cuenta, como esas personas que llevan tiempo prometiéndonos algo, falta poco, estén pendientes, y pasan los años.

—Vaya Fitoyaer ahora —dicen que le dijeron quién sabe quiénes que de tanto conocerlo no le hablaban al tanteo.

A últimas fechas así han sido las cosas con él. "Vaya, hasta que escribes tus comentarios políticos", le dijeron hace meses unos que lo conocen, acostumbrados siempre a oírlo pero sin haberlo leído nunca antes de *La Jornada* porque era un fantasma de *Solidaridad*, *Punto Crítico*, *Cuadernos Políticos* y *Así Es*; fantasma lector de Lorca, Alberti y Miguel Hernández.

Novio de las cactáceas y especialista en tierra para jardineras, conoce un lugar en el Cerro del Judío donde comprar macetas; ahora también planta palabras, no sólo espinas. Hijo del órgano, primo hermano del peyote, sobrino del nopal, atraviesa las ruinas de Montealbán y las de una ciudad como una novia que, en 1966, dijo que tuvo:

Tuve una ciudad de cuevas de arena y pelotas de trapo, /entre la hierba amarilla que arde en el otoño seco. /Tuve una ciudad que amé para siempre.

El ornitólogo Adolfo Sánchez Rebolledo miró volar los pájaros por años (nadie sabe cuántos). Ahora los persigue en cielos subalternos.

En *La destrucción o el amor*, Aleixandre habló del cuerpo de piedra: "no, ya no quema el fuego que en las ingles/aquel remoto mar dejó al marcharse".

Puede ser de mal gusto decirlo, pero la verdad no es necesariamente sutil: nos encontramos ante la madurez intelectual —¿vale hablar de sabiduría?— de Adolfo Sánchez Rebolledo, uno que se encuentra a sí mismo con igual intensidad en una grilla partidaria de ultratumba y en los versos de Emilio Prados durante su exilio mexicano.

Era, pues, inevitable que acabáramos conociendo sus versos en ese libro "blanco verjurado" hecho casi a mano por que a su autor se le pegó la gana. Un trabajo para sus amigos. Un esfuerzo por levantar

castigos verbales en el aire y ponerles (ponernos) los pies sobre la tierra. En otra tierra. En este sentido son poemas des-terrados.

Como indica el refrán, la culpa no es tanto suya como de quien le agarra la pata, o sea nosotros, lectores que le agarramos la página, agradecidos de que Fito ordeñe su vaca, luego de tantos años en flagrante agrafia que a punto estuvimos de no perdonarle nunca. Nos hubiéramos perdido, por ejemplo, estas líneas del poema "Sitio del deseo":

Un mismo río vencido;
un esplendor de dioses,
amándose como simples

[mortales
en el cuarto miserable de un
[hotel de paso.
La noche vence y olvida, no las
[fieras.

En libre ejercicio de los versos, Sánchez Rebolledo empuja las palabras al saco de la significación con el terrible entusiasmo del que se suicida con sus propias palabras en el pleno ejercicio de una libertad imperdonable. ■

Hermann Bellinghausen

UTOPIAS

En el siguiente número 4

PERESTROIKA

Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

el juglar

manuel m. ponce 233 col. guadalupe inn tel. 660-79-00

ALGO MAS QUE LIBROS

CUADRIVIO

Shakespeare

BETHOVEN
Joseph Kerman y Alan Tyson

WOODY ALLEN / Gilles C

BUEN CAFE

L'aul/Biegel El pequeño
ny el tesoro del pirata

Sigmund Freud Paranoia y ne